

TOMMASO
CAMPANELLA
Ciudad del SOL



La *Ciudad del Sol*, escrita a principios de 1602, es una de las primeras utopías aparecidas luego de la publicación de la obra de Tomás Moro; en tanto que la versión latina fue publicada en Francfort en 1623, como un apéndice de la *Política*, que es fue el nombre que adoptaron los Aforismos al ser vertidos al latín.

Esta versión latina no fue simplemente una traducción del texto, como veremos en las notas, sino que se añadieron comentarios y nuevos ejemplos, modificando algunos párrafos que habían resultado conflictivos en su edición italiana.

Es su obra más conocida, aunque no tuvo en su época ni en las posteriores mayor repercusión, cayendo en el olvido, pasando bastante tiempo antes de ser reconocida como merecía, como un proyecto real de organización política y social. Luego de su publicación, Campanella rebate casi todas las objeciones que pueden hacerse a su obra —y a todas las utopías quizá— en sus Cuestiones políticas, publicadas en París en 1637, como apéndice a la segunda edición de su *Philosophia realis*.

Pero la objeción principal es su —aunque revisado— cristianismo: una utopía debería tener un mínimo de ateísmo, ya que nace con el Humanismo. Pero Tommaso Campanella no es humanista. No entiende el humanismo. Para este calabrés rocoso el humanismo es letra muerta. La diferencia entre el concepto teísta del mundo y el concepto humanístico, se halla en los mismos nombres de estos dos conceptos. El concepto teísta del mundo pone el principio de todo en la idea de un ser sobrenatural que domina al universo: el concepto humanístico, en cambio, pone el principio de todo en la intimidad del hombre, en su alma, en su mente. Según el primer concepto, Dios es el origen y la causa de todo; según el segundo, no es el origen y la causa

de todo, sino «de todo lo que piensa el hombre» y del hombre mismo. Por el primer concepto, el hombre se siente sometido a una autoridad sobrenatural; por el segundo, desaparece la autoridad sobrenatural y el hombre descubre en su interior la facultad de crear por sí mismo.

No obstante, la *Ciudad del Sol* es, junto con algunas poesías, la obra más singular de uno de los ingenios más singulares de aquel período de la historia. Como modelo de república a imitar, la Ciudad del Sol es un modelo que no hay que imitar, una distopía.

LA CIUDAD DEL SOL

INTERLOCUTORES: Hospitalario^[1] y Genovés, piloto de Colón^[2]

Hospitalario.— Cuenta, por favor, todo lo que sucedió en esta navegación.

Genovés.— Ya te conté cómo di la vuelta al mundo y cómo llegué a Taprobana,^[3] cómo me vi obligado a desembarcar y después, huyendo del furor de los indígenas, volví a embarcarme y llegué a una gran llanura justo por debajo del equinoccio.

Hospitalario.— ¿Qué te ocurrió allí?

Genovés.— De pronto encontré una partida de hombres y mujeres armados, muchos de los cuales entendían mi lenguaje, y ellos me condujeron a la Ciudad del Sol.

Hospitalario.— Dime cómo es esa ciudad y cómo es gobernada.

Genovés.— Surge en la amplia campiña un collado, sobre el cual se levanta la mayor parte de la ciudad; pero sus murallas dan muchas vueltas y revueltas alrededor del monte, y tan grande es éste que la ciudad tiene dos millas de diámetro y aún más, con siete millas de circunferencia, y debido a su elevación, contiene más viviendas que si estuviera en terreno llano.

La ciudad está dividida en siete círculos muy espaciosos,^[4] nombrados según los siete planetas, pasando de uno a otro por cuatro caminos y cuatro puertas, a las cuatro esquinas del mundo concerniente; de tal modo que si fuese

asaltado el primer círculo, costaría más trabajo asaltar el segundo, y así sucesivamente, siendo necesarios siete asaltos para dominarla. Mas a mí me parece, que ni siquiera podría conquistarse el primer círculo, tan grande es el terraplén con sus centinelas, torreones, artillería y fosos circundantes.

[5]

Entrando por la puerta Tramontana, recubierta de hierro, la cual se levanta y desciende mediante un ingenioso artilugio, se divisa un espacio de cincuenta pasos entre una muralla y la siguiente. Detrás hay edificios unidos entre sí por la muralla, de forma que todos parecen uno solo, y arriba están unas galerías con columnas, como claustros de convento, mientras que abajo no vi la entrada, más que en la parte cóncava de los palacios. Después vienen hermosas estancias con ventanas que dan al muro convexo y el cóncavo, separadas por delgados muros entre sí. Sólo el muro convexo mide ocho palmos, el cóncavo tres, y los medianeros uno o poco más.

Luego, se llega al segundo círculo, con dos o tres pasos menos, y se divisan las segundas murallas con las galerías exteriores y los corredores, y por la parte de dentro, el otro muro que cierra los palacios en medio, y sostiene el claustro con columnas en la parte de abajo, y bellas pinturas en la parte superior.

De esta manera se llega a los círculos superiores. Sólo cuando se pasan las puertas, que son dobles por las murallas interior y exterior, se asciende por peldaños tales, que apenas se ven pues están colocados oblicuamente y su altura oculta las diferentes escaleras.

En lo alto del monte vi una enorme llanura y en medio un gran templo, de un arte estupendo.

Hospitalario.— Vamos, di, cuenta más, por tu vida.

Genovés.— El templo es completamente redondo,^[6] sin murallas que lo circunden, pero está situado sobre unas columnas muy gruesas y bellas. La cúpula grande tiene en el

centro una cúpula más pequeña con un tragaluz que se abre sobre el altar, que es el único del templo y se halla situado en su mismo centro. La columnata mide unos trescientos pasos o más, y fuera de las columnas de la cúpula están los claustros de unos ocho pasos con muros poco elevados sobre la sillería, que está rodeando la muralla exterior cóncava, aunque en todas las columnas interiores, que sin muro interpuesto mantienen al templo sólidamente, no falten asientos portátiles en gran cantidad.

Sobre el altar sólo vi un mapamundi muy grande, con todo el cielo allí diseñado, y otro con el gráfico de la tierra. Después, en el techo de la cúpula están todas las estrellas más brillantes del firmamento, con sus nombres y las virtudes que poseen sobre las cosas terrenales, con tres versos para cada una: allí están los polos y los círculos no totalmente terminados porque falta el muro de abajo, aunque se ven en correspondencia con los globos del altar. Estas lámparas siempre están encendidas y ostentan los nombres de los siete planetas.^[7]

Encima del templo hay algunas celdas en torno a la pequeña cúpula, y otras mayores sobre los claustros, donde viven los religiosos en número de cuarenta.

Sobre la cúpula mayor vi una veleta que indica la dirección de los vientos, señalando hasta treinta y seis, sabiendo qué estación empieza cuando sopla cada viento. También hay allí un libro con letras de oro, que trata de cosas muy importantes.

Hospitalario.— Por tu fe, dime cuál es la forma de gobierno y qué te aguardaba allí.

Genovés.— Entre ellos hay un Príncipe sacerdote, llamado Sol, que en nuestra lengua se denomina Metafísico, y es el jefe de todos en lo espiritual y lo temporal, terminando en él todos los asuntos.

Hay tres Príncipes adjuntos: Pon, Sin y Mor, que significan: Potestad, Sabiduría y Amor.^[8]

El Potestad se ocupa de la guerra y la paz y del arte militar; es el jefe supremo en la guerra pero no por encima del Sol; asimismo se ocupa de los oficiales, los guerreros, los soldados, las municiones, las fortificaciones y las conquistas.

El Sabiduría se dedica a todas las ciencias, a los doctores y magistrados de las artes liberales y mecánicas, y tiene bajo su mando tantos oficiales como ciencias hay: están el Astrólogo, el Cosmógrafo, el Geómetra, el Lógico, el Retórico, el Gramático, el Médico, el Físico, el Político, el Moralista; y tiene un solo libro en el que están todas las ciencias, que da a leer a todo el pueblo, a estilo pitagórico.^[9] Y ha ordenado pintar en todas las murallas, en todos los miradores, dentro y fuera, todas las ciencias.

En los muros exteriores del templo y en los cortinajes, que se corren cuando se predica para que no se pierda la voz, están todas las estrellas ordenadamente con tres versos en cada una.

Dentro del primer círculo se hallan todas las figuras matemáticas, más de las que describieron Euclides y Arquímedes, con sus definiciones más significativas. Fuera vi el mapa de toda la tierra, con las tablas de cada provincia, sus ritos, sus costumbres y sus leyes, con los alfabetos ordenados por provincias, cada una con el suyo propio.

En el segundo círculo se hallan todas las piedras preciosas y no preciosas, los minerales y metales auténticos y pintados, con las cualidades de cada uno dadas en dos versos para cada elemento. Fuera hay toda clase de lagos, mares y ríos, vinos, aceites y licores, con sus virtudes, su origen y sus cualidades; y hay garrafas llenas de diversos licores de cien a trescientos años de solera, con los cuales curan casi todas las enfermedades.

En el tercer círculo hay pintados todas las clases de hierbas y árboles del mundo, y además en tiestos de tierra sobre el mirador, están descritos los lugares donde se descubrieron, sus virtudes, y las semejanzas que tienen con las

estrellas, con los metales y con los miembros del cuerpo humano, así como sus usos en medicina. Fuera se hallan todas las clases de peces de ríos, lagos y mares, con sus virtudes, su modo de vivir, de reproducirse y de criarse, para qué sirven y las afinidades que tienen con las cosas celestes y terrenales tanto artificiales como naturales; lo cierto es que me asombré cuando encontré un pez obispo, un pez cadena, un pez clavo y un pez estrella, tal como son estas cosas entre nosotros. Hay erizos marinos de la superficie y las profundidades, moluscos, y todo cuanto es digno de saberse con admirable arte pictórico y un texto que lo explica.

En el cuarto círculo, dentro del mismo, hay una gran variedad de aves pintadas con sus cualidades, tamaños y costumbres, con el Fénix detrás de todas ellas. Fuera se hallan todas las clases de animales reptiles, serpientes, dragones, gusanos y los insectos, moscas, tábanos, etc., con sus condiciones de vida, venenos y propiedades, y son más de lo que pensamos.

En interior del quinto están los animales perfectos terrestres, de tantos tipos, que producen estupor. No conocemos ni la milésima parte, y como algunos son muy grandes los pintaron fuera, en el mirador. ¡Ah, cuántos ejemplares de caballos solamente, y cuántas hermosas figuras descritas docta mente!

Dentro del sexto están todas las artes mecánicas con sus inventores, sus diversos modos, y cómo se utilizan en las distintas partes del mundo. Fuera se hallan todos los dictadores de leyes y los que han creado las ciencias y las armas. Hallé a Moisés, Osiris, Júpiter, Mercurio, Mahoma^[10] y otros muchos; y en un lugar bastante honorable estaba Jesucristo y los doce apóstoles, que tienen en gran estima, Julio César, Alejandro, Pirro, y todos los romanos;^[11] cuando me admiré de que conocieran tantas historias, me enseñaron que dominaban las lenguas de todos los países, y

que enviaban también embajadores por todo el mundo, para informarse de lo bueno y lo malo de todos, y en esto encuentran un gran placer,^[12] Vi que en China la artillería y la imprenta se usaron antes que nosotros. Existen, además, maestros que explican estas cosas; y los niños, sin aburrirse, como jugando, llegan a conocer todas las ciencias «históricamente»^[13] antes de los diez años.

El Amor se ocupa de la reproducción, uniendo a los varones con las mujeres de modo que engendren una buena raza; y se ríen de nosotros, que cuidamos las razas caninas y equinas, no nos ocupemos de la nuestra,^[14] Se cuidan también de la educación, de las medicinas, de las boticas, de la siembra y la recolección de los frutos, de los cereales, de los alimentos, y todo lo referente al sustento, el vestido y el coito, y tienen muchos maestros y maestras dedicadas a estas artes.

El Metafísico trata todos estos asuntos con los demás, pues sin él nada se hace, y cada cosa la comunican los cuatro, y cuando el Metafísico asiente, se muestran todos de acuerdo.

Hospitalario.— Bien, háblame ahora de los oficios, de la educación y de la forma de vida; si es una república o una monarquía, o un gobierno de unos pocos.

Genovés.— Son unas gentes que llegaron allí de las Indias, y muchos eran filósofos que huyeron de la ruina provocada por los tártaros y otros saqueadores y tiranos, por lo que resolvieron vivir en común filosóficamente, aunque la comunidad entre mujeres no se estilaba entre las gentes de su país de origen; pero ellos sí lo emplean y así es cómo lo hacen. Todas las cosas son comunes, si bien las despensas están en manos de los oficiales, y así no sólo los víveres, sino las ciencias, los honores y las diversiones son comunes, sino que están de forma que nadie puede apropiarse de cosa alguna.

Dicen ellos que toda la propiedad nace de tener casa aparte, e hijos y esposas propias, de lo que nace el amor propio; y así, para otorgar riquezas o dignidades a un hijo, O para dejarlo como heredero, cada cual se convierte en depredador público, si no siente miedo, siendo poderoso; o avaro, insidioso e hipócrita si es impotente. Y cuando pierden el amor propio, sólo les queda el común.^[15]

Hospitalario.— Por tanto, nadie querrá fatigarse esperando que sea el otro quien se fatigue, como argumenta Aristóteles contra Platón.^[16]

Genovés.— No puedo discutir esto, pero te aseguro que tienen tanto amor a su patria, lo cual es una cosa estupenda, que cuanto se dice de los romanos, que eran tan patriotas. Y creo que los monjes y prebostes nuestros, si no tuvieran parientes y amigos, o la ambición de ganar más en dignidad, serían más generosos, más santos y más caritativos con todos.

Hospitalario.— O sea que allí no existe la amistad, puesto que no pueden hacerse favores los unos a los otros.

Genovés.— Al contrario, la amistad es muy grande allí, porque es hermoso ver que nadie puede darle a otro cosa alguna, pues todo pertenece a la comunidad; y mucho vigilan los oficiales para que nadie obtenga más de lo que merece. Las amistades se conocen en las guerras, en las enfermedades, en las ciencias, donde se ayudan y enseñan entre sí. Todos los jóvenes se llaman hermanos, a todos los que tienen quince años más que ellos se les llama padres, y a los menores de quince, hijos. Y los oficiales están atentos a todo, para que nadie pueda destruir esta relación fraternal.

Hospitalario.— ¿De qué modo?

Genovés.— Los oficiales tienen los nombres de todas las virtudes que nosotros conocemos; uno se llama Liberalidad, otro Magnanimidad, otro Castidad, y hay uno que es Fortaleza, uno que es Justicia criminal y civil, uno Solicitud, otro Verdad, Beneficencia, Gracitud, Misericordia, y así de

continuo; y para cada uno de esos oficiales se elige al que de niño tendía en la escuela a tener una de tales virtudes. Y como entre ellos no hay ladrones ni asesinos, ni estupro o incestos, ni adulterios, de todo lo cual nos acusamos nosotros, ellos se acusan de ingratitud, de malignidad —cuando uno rehúsa conceder al otro un placer honesto—, de mentira, que aborrecen más que a la peste; y estos castigados como reos son privados del comedor común, del comercio carnal y de algunos honores, hasta que el juez juzga que ya se han corregido lo suficiente.

Hospitalario.— Y dime ¿qué hacen los oficiales?

Genovés.— Esto no puedo decirlo, pues se ignora cómo viven. Antes has de saber que los hombres y las mujeres visten de un modo apto para guerrear, aunque ellas llevan la túnica hasta más debajo de las rodillas, y ellos sólo hasta más arriba.

Y todos se educan en todas las artes. Después de cumplir los tres años los niños aprenden la lengua y el alfabeto mirando los muros, caminando en filas de a cuatro, y cuatro ancianos les guían y enseñan, y después les hacen jugar y correr, para fortalecerlos, siempre descalzos y con la cabeza descubierta; por fin, a los siete años, los llevan a los talleres de las artes, sastrería, pintura, orfebrería, etc., y observan sus inclinaciones. Después de cumplir siete años, todos acuden a las lecciones de ciencias naturales, habiendo cuatro lectores para una misma materia, y así se turnan cuatro grupos en cuatro horas, porque mientras unos ejercitan el cuerpo, o se dedican a los servicios públicos, los otros estudian las disciplinas. Después, todos empiezan el estudio de las matemáticas, la medicina y otras ciencias, de modo que siempre hay disputas y emulación entre todos; y unos llegan a ser oficiales de la ciencia en que más han sobresalido, o del arte de la mecánica, porque cada ciencia tiene su líder. Y van también a aprender al campo, en las labores y el pastoreo de los animales, y aquel que más artes aprende y mejor las ejercita se considera de gran nobleza. Asimismo-

mo, se ríen de nosotros que consideramos faltos de nobleza a los artesanos, mientras llamamos nobles a los que no aprenden ningún arte y viven en el ocio, y tienen en el ocio y en la lascivia a tantos servidores para ruina de la república.^[17]

Los oficiales se eligen entre los cuatro jefes^[18] y entre los maestros de un arte dado, los cuales saben sobradamente quién está más capacitado para el arte o la virtud en que ha de ser oficial. A éste le proponen en el Consejo para el cargo, y cada uno aporta sus conocimientos sobre ellos. Pero solamente puede ser Sol el que conoce todas las historias de los pueblos, los ritos, los sacrificios, las repúblicas y los inventores de leyes y de artes. También ha de conocer todo lo referente a las artes mecánicas, cada dos días se aprende una, así como la práctica que le hace conocerlas todas, y la pintura.^[19] Ha de conocer todas las ciencias matemáticas, físicas, y astrológicas. No tiene que preocuparse de los idiomas ya que existen los intérpretes, que son sus gramáticos. Pero, ante todo, es preciso que sea metafísico y teólogo, que conozca bien la raíz y la demostración de cada arte, de cada ciencia, las semejanzas y las diferencias de las cosas, la necesidades, el destino y la armonía del mundo, el poder, la sapiencia y el amor divino de cada cosa, así como los grados de los seres y sus correspondencias con las cosas celestiales, terrestres y marítimas, y debe estudiar bien a los profetas y la astrología. De este modo saben quién ha de ser Sol, y si no pasa de los treinta y cinco años no llega a este grado; este cargo es perpetuo, mientras no se halle el que sepa más que él, y por tanto sea más adecuado para el gobierno.

Hospitalario.— ¿Pero quién puede saber tanto? No ha de poder gobernar el que sólo atiende a las ciencias.

Genovés.— Les dije esto mismo y me respondieron: «Sabemos con certeza que un hombre de letras sabrá gobernar, y no vosotros que honráis a los ignorantes pensan-

do que son aptos porque han nacido señores, o han sido elegidos por alguna facción poderosa. Pero nuestro Sol, aunque sea profano en cosas de gobierno, jamás será cruel ni malvado ni tirano.^[20] Has de saber que éste es un argumento que pesa entre vosotros, que pensáis que está dotado el que más sabe de gramática y lógica aristotélica,^[21] de estos o aquellos autores; pues el que sólo tiene una memoria servil, cuando el hombre se hace inerte, porque no contempla las cosas, si no los libros, y envilece su alma en las cosas muertas, no sabe cómo Dios rige las cosas, ni las leyes de la naturaleza y de las naciones. Esto no puede ocurrirte a nuestro Sol, pues no puede abarcar tantas ciencias quien no es despierto para todo, por lo que es siempre muy apto para el gobierno. Estamos seguros de que el que sólo conoce una ciencia, no conoce ésta ni las demás demasiado bien, y que el que es apto para una sola, estudiada en los libros, es un ser pasivo, inútil. Sin embargo, no les ocurre esto a los vivos de ingenio, a los que aprenden fácilmente todos los conocimientos, tal como debe de ser el Sol. En nuestra ciudad se aprenden las ciencias con tanta facilidad, como ves, a lo sumo en un año, en tanto que entre vosotros se aprenden en diez o quince, y si no, fíjate en esos niños».

Al escuchar tales palabras quedé confuso por sus razones, como por el hecho de que aquellos niños entendían mi idioma. Para cada idioma siempre han de ser tres los expertos. Y entre ellos no existe el ocio, sino aquello que hace que estén bien dotados, como es, por ejemplo, ir al campo para correr, y lanzar dardos, disparar arcabuces, cazar fieras, labrar, conocer las hierbas, haciendo esto ya un grupo, ya otro.

Los tres primeros oficiales sólo han de saber las artes adecuadas al oficio que deben desempeñar. Primero aprenden «históricamente»^[22] las artes comunes a todos los oficios, y luego las propias, en las que cada uno se ejercita

más que el otro; así, el Potestad conocerá el arte de la caballería, la fabricación de toda clase de armas, los asuntos de la guerra, máquinas, estrategia militar, etc. Pero todos estos oficiales han de ser filósofos además de historiadores, naturalistas y humanistas.

Hospitalario.— Me gustaría que enumerases todos los oficios por separado; y también hablaras de la educación común.

Genovés.— Primero hablaré de las estancias comunes, dormitorios, lechos y todo lo demás; cada seis meses se dispone qué maestros han de dormir en tal o cual vivienda de cada círculo, y si en el primero o en el segundo, y en la estancia primera o segunda, por orden alfabético.

Luego, están las artes comunes a hombres y mujeres, las especulativas y las mecánicas, con la distinción de que los oficios que requieren esfuerzo y desplazamiento, como arar, sembrar, recoger las cosechas, apacentar las ovejas, trabajar en la era, en la vendimia, los ejecutan los hombres. Pero hacer el queso, ordeñar las vacas y las ovejas lo hacen las mujeres, y también van a los humos próximos a la ciudad en busca de hierbas y algunos servicios ligeros. Por lo general, las artes que se ejecutan estando sentado y de pie son para las mujeres, como tejer, coser, cortar el cabello y la barba, venta de especias, hacer toda clase de vestidos, es decir, cosas muy distintas de la herrería y las armas. Sin embargo, si una mujer es apta para la pintura, no se le prohíbe que pinte. La música es cosa exclusiva de las mujeres, porque gustan de ella, y de los niños, aunque no la que se ejecuta con trompetas y tambores. También hacen las comidas, disponen las mesas; pero servir a la mesa es propio de los jóvenes, varones y hembras, hasta que cumplen los veinte años.

En cada círculo hay cocinas públicas y los armarios para la ropa. Y en el departamento de cada oficio hay un anciano y una anciana que mandan y tienen poder para pe-

gar, o hacer que otros peguen a los negligentes y desobedientes, aparte de anotar en qué ejercicio sobresale mejor cada joven, varón o hembra. Toda la juventud sirve a los ancianos y personas mayores que pasan de los cuarenta años, [23] mientras que el maestro o la maestra se ocupan, por la noche, cuando se disponen a acostarse, y por la mañana, a asignar qué servicios tocan y a los que les corresponde llevarlos a cabo, uno dos estudiantes por vivienda, y esos jóvenes también se sirven entre sí, y el que se niega ¡ay de él! Hay un primer y un segundo turno de comidas: a un lado comen las mujeres y al otro los hombres, estando como los monjes en sus refectorios.[24] Siempre se come sin estrépitos, y alguien siempre lee en voz alta, o canta, y a menudo un oficial comenta algún pasaje de la lectura. Es algo muy agradable ver cómo sirve tanta juventud, con la ropa ceñida, todo tan a tiempo, y observar juntos a tantos amigos, hermanos, hijos y madres, convivir con tanto respeto y amor.

A cada cual se le da, de acuerdo con el ejercicio, un plato de pitanza y menestra, frutas, queso, y los médicos tienen la obligación de decir a los cocineros qué día conviene cierta clase de comida, [25] y cuál a los ancianos, y cuál a los jóvenes y cuál a los enfermos. Los oficiales reciben la mejor parte, y a menudo llevan a su mesa al que más ha sobresalido por la mañana en las lecciones, y en las discusiones sobre ciencias y armas; y esto se considera un gran honor, un gran favor.[26] Y en los días festivos se toca música durante la comida,[27] y como todos se ocupan del servicio jamás falta cosa alguna. Son los ancianos los que vigilan a los que cocinan y a los refectorios, y aprecian mucho la limpieza de las calles, de las estancias, de los vasos y de los atuendos y de las personas.

Por dentro llevan camisa blanca de lino, luego, un conjunto de jubón y calzas, sin pliegues y abierto por el centro, por el lado y por abajo, pero bien abotonado. Las calzas